

---

## Capítulo XLIV.

---

Donde Velazquez de Leon se vé obligado á huir del amor.

Lo primero que Litzajaya ideó para deshacerse de sus enemigos, fué referir á Naothael lo que pasaba.

En medio de la desesperación que producía en él su enfermedad, tener noticias de que Nazatcotlan trabajaba en contra suya, era motivo suficiente para que el cacique de Panuco tomara una resolución violenta.

Litzajaya, aprovechando uno de los momentos de tregua que le daba su enfermedad:

—Sé,—le dijo,—quienes son los que ayudan á Nazatcotlan. Sé que ha llevado su infamia hasta el punto de decir á sus amigos que yo estoy de acuerdo con los españoles para que, si desgraciadamente sucumbes, me apoyen y defiendan. Con este ardid, con-

esta fábula, ha ganado la voluntad de las personas influyentes, y su plan es acelerar el fin de tus días á fuerza de disgustos, hallándose prevenido para tomar por asalto el trono que abandones.

—No realizará sus infames proyectos; es preciso que mis soldados se apoderen de él inmediatamente.

—Ese es el medio de que se escapen los demás.

—¿Cómo tomar venganza entonces de su felonía?

—De una manera muy fácil. Da orden á tus ministros para que me obedezcan en todo y por todo; que pongan á mis órdenes las fuerzas que necesite, á fin de castigar á los culpables.

Naothael, que no sabía negar nada á Litzajaya, y que por otra parte se veía sin fuerzas para combatir con sus enemigos, accedió á los deseos de su esposa.

Desde aquel momento tuvo ella preparados los hombres suficientes para sorprender á los conspiradores y satisfacer sus deseos de venganza.

En efecto; habiendo empeorado Naothael, divulgó esta noticia Litzajaya, y como era natural, los conjurados celebraron una reunión para ponerse de acuerdo.

Aizo espío á los enemigos de Naothael, y con arreglo á las órdenes que había recibido, anunció á Litzajaya dónde estaban los conspiradores.

La esposa de Naothael, acompañada del primer ministro y de gran número de soldados, rodeó la casa donde se hallaban reunidos los conspiradores, y logró sorprenderlos.

—Sois unos miserables,—dijo Litzajaya con su varonil energía,—y vengo á daros el castigo que mereceis. Habeis imaginado que pasaria de manos de Naothael á las vuestras el gobierno de Panuco. Pronto sabreis el castigo que merecen los que de esta manera conspiran contra su ligítimo soberano.

Buscó Litzajaya con ávida mirada á Nazatcotlan; pero no le halló.

—¿Ha huido vuestro jefe?—dijo.—No importa; ya le hallaremos. En cuanto á vosotros, partid de aquí y seguid al primer ministro, que ya ha recibido las órdenes de lo que debe hacer con vosotros.

Los conjurados fueron encerrados en una prision y destinados á servir de víctimas en el primer sacrificio.

Aquel suceso conmovió á los habitantes de la ciudad, y llegando á noticia de los españoles, se presentó Velazquez de Leon en la morada de Naothael para ofrecerle su apoyo contra los rebeldes, y castigar, si era preciso, á Nazatcotlan por haber faltado á su palabra.

Cuando llegó, encontró á Naothael en un estado lamentable.

Litzajaya, aprovechando un momento en que estuvieron solos:

—Mañana á estas horas,—le dijo,—habrá dejado de existir Naothael. Al día siguiente seré yo reina de Panuco. Nuestra felicidad llegará pronto al colmo.

Velazquez de Leon, que á pesar de su valor y de las seducciones que hallaba en Litzajaya, temia las

consecuencias de los proyectos de la india; Velazquez de Leon, que estaba seguro de que la esposa de Naothael era capaz de realizar al pié de la letra todos los planes que le habia confiado, tornó á su alojamiento poseido de una viva agitacion.

¿Qué partido podia tomar?

¿La fuga? Si huia desprestigiaba las armas españolas.

Si se quedaba allí, tenia que oponerse á los desig-nios de Litzajaya, y aquella mujer era capaz de cometer cualquier crimen, de envenenar á todos los soldados españoles, de sacrificar á su mismo amante.

Entre estas dos alternativas sólo un partido le quedaba.

Pero era un partido violento, un partido cuyas consecuencias podian ser tan funestas ó más que las que se prometia tomando cualquiera de las dos anteriores resoluciones.

Podia acercarse con sus tropas á la morada de Naothael para favorecer á los partidarios de Nazatcotlan, entregando á su execracion á Litzajaya.

Acaso esta resolucion le habria salvado.

Pero no la tomó, porque apesar de todo Litzajaya le inspiraba algun efecto.

Resolvió, pues, alejarse, y para justificar su retirada halló un pretexto muy especioso.

—Que resuelvan sus cuestiones los habitantes de Penuco,—se dijo.—Volveré despues, y podré alegar el deseo de no mezclarme para nada en sus asuntos, de no influir en favor de unos ú otros. Antes que to-

do es mi deber de soldado español y la fidelidad á Hernan Cortés.

Con el mayor secreto dispuso lo necesario para partir al día siguiente; y se alegró de haber optado por este medio, porque momentos antes de salir llegaron dos indios zempoales con un mensaje de Hernan Cortés.

—«Necesito vuestro auxilio,—le decia.—Venid con vuestras tropas sobre Méjico, porque ha llegado ya el momento de luchar, y no nos queda más recurso que vencer ó morir.»

Con este motivo, apresuró, Velazquez de Leon su marcha, favorecido por el interés que despertaba en todos los habitantes de Panuco el drama cuyo desenlace tenia lugar en la morada de Naothael.

En efecto; las noticias que acerca del estado del cacique recibian sus vasallos, eran cada vez más alarmantes.

Todos los altos personajes de la provincia ocupaban las habitaciones del palacio.

El pueblo llenaba la plaza, y la ansiedad de todos era inmensa.

Mientras esto sucedia allí, conversaban dos hombres en un bosque próximo á la ciudad, y debemos oír su conversacion.

---

## Capítulo XLV.

---

Un cambio de dinastía en Panuco.

Aquellos dos hombres eran Nazatcotlan y Aizo.

El primero habia logrado evadirse del paraje en que Litzajaya habia sorprendido á los conspiradores, y al querer escapar salió á su encuentro Aizo, deteniéndole.

—Estás en mi poder,—le dijo.

—¿Y qué?—contestó Nazatcotlan con gran presencia de ánimo.—Puedes muy bien llevarme á la presencia del cacique, hacer que me aprisione y me condene á muerte. ¿Qué habrás logrado? Ser siempre un servidor de Naothael, ser un criado, ser un pobre, un miserable, y en cambio yo puedo hacer que seas rico, que alcances honores, que insultes á los que te han despreciado; en una palabra, que seas feliz y envidiado.

Las palabras de Nazatcotlan impresionaron vivamente á Aizo.

—¿Y qué he de hacer para eso?—exclamó.

—Sígueme,—dijo entonces Nazatcotlan.

Aizo le siguió.

Convinieron los dos en que era de todo punto imposible que reinase Litzajaya, y que si moria Naothael tenia por fuerza que pasar el mando á Nazatcotlan, que contaba además en toda la provincia con gran número de partidarios.

Aizo se olvidó de su fidelidad á Litzajaya, y ante la esperanza del medro no tuvo inconveniente en vender el secreto de la india.

Pero Aizo no pudo confiar á Nazatcotlan las relaciones que existian en Litzajaya y Velazquez de Leon.

La esposa de Naothael habia tenido mucho cuidado de ocultárselas.

Libre Nazatcotlan, recurrió de nuevo á aquellos de sus partidarios que no se hallaban en poder de Naothael, y tramó otra conjuración, cuyo objeto debia ser librar de la muerte á los que habian sido presos por Litzajaya, y proclamar como cacique á Nazatcotlan en el momento en que espirase Naothael.

Aizo permaneció, á pesar de sus relaciones intimas con el futuro jefe de la provincia, al lado de Litzajaya.

Nazatcotlan le habia encargado que en el momento en que empezase la agonía de Naothael fuera á avisarle.

El punto donde debian verse era en el bosque en donde los hemos hallado.

Aizo fué á participar á Nazatcotlan que Litzajaya misma habia declarado que Naothael no volveria á ver el nuevo sol.

—Ante la seguridad de la muerte de su esposo,—añadió,—ha reunido á todos sus amigos para que la proclamen como reina, y cuenta con el auxilio de los españoles.

—Eso no es verdad.

—Ella al ménos lo dice así.

—Mira y convécete,—dijo Nazatcotlan, mostrando á Aizo los soldados españoles que se alejaban de la ciudad.

—En ese caso, esta misma noche deben acudir á la morada de Naothael nuestros amigos para colocarnos en el puesto que la muerte le arrebató en estos instantes. Yo ya no me separaré de vos.

Nazatcotlan y Aizo partieron á la ciudad cuando empezaba á anohecer.

Litzajaya no se habia engañado.

Apenas desaparecieron los rayos del sol y comenzó ese nuevo crepúsculo vespertino, tan magnífico en aquella parte del globo, espiró Naothael.

Litzajaya pidió que la dejaran sola con su esposo, para ver si aún podia hacer algo para alargar su vida.

Cerró la puerta de la antecámara, examinó el cadáver de Naothael, se convenció de que ya no existia, y por una puerta retirada que habia en la estan-

cia, y que solo ella conocia, salió del palacio y se dirigió al real de los españoles.

Su asombro fué inmenso al saber que habian partido.

—¿Qué es esto?— exclamó. —¡Me ha engañado Velazquez! ¡Me ha vendido! ¡Oh, yo me vengaré!

Volvió presurosa á su palacio, y al entrar en su cámara por la puerta secreta oyó grandes voces en la antecámara.

Todos gritaban:

—¡Naothael ha muerto! ¡Viva Nazatcotlan!

Litzajaya no podia creer que eran verdad las palabras que llegaban á su oído.

Poseida de un verdadero frenesí, abrió la puerta de la estancia y encontró al frente de todos á Nazatcotlan y á los conjurados que dos dias antes habia preso y condenado al sacrificio.

—¡Atrás, miserables!— exclamó, ardiendo en ira. —Naothael ha muerto; pero yo vivo, y todos me debeis respeto.

—Es tarde ya,— exclamó Nazatcotlan. —Nadie ignora tus crímenes. Tú has asesinado á tu esposo, porque ambicionabas tener el mando de esta provincia para entregarla despues á los españoles, tus aliados.

El pueblo de Panuco, que conoce mi lealtad y los sacrificios que he hecho por su independencia, me ha elegido su cacique.

Tú no eres más que una criminal, y tu castigo coincidirá con mi elevación al mando.

Y dirigiéndose á los que le acompañaban:

—Apoderaos de ella,—dijo.

Inmediatamente sujetaron á Litzajaya varios de los circunstantes, y no pudiendo resistir á sus fuerzas, los siguió, protestando y maldiciendo contra lo que pasaba.

Litzajaya fué conducida á la prision donde habian estado los conspiradores, y Nazatcotlan dispuso que despues del entierro de Naothael, cuando se celebraran las fiestas de costumbre por su advenimiento al mando, seria Litzajaya entregada á los teopixques para que la sacrificaran á los dioses.

Como sucede siempre, hasta los partidarios de Naothael le aclamaron y juraron por cacique, reinando gran alegría en la ciudad, porque Nazatcotlan era enemigo de los mejicanos, ofrecia desobedecer á Motezuma, no pagar tributo y defender la independencia de Panuco.

Tambien se alegraban mucho de que los españoles hubieran partido, porque de este modo Litzajaya no podia llamarlos en su ayuda.

Se celebraron, pues, las fiestas, y llegó el momento en que la esposa de Naothael debia salir de su prision, atravesar por medio de la muchedumbre las calles que conducian al gran templo, y entregar allí su cuello á la cuchilla sacrificadora.

Por la misma razon de que Nazatcotlan la acusaba de haber asesinado á Naothael, todos se preparaban para acudir á presenciar su castigo.

Así es que cuando salieron del templo los teopix-



ques para buscar con toda solemnidad á la culpable y llevarla al suplicio, esperaban los circunstantes su vuelta con ansiedad y júbilo.

De pronto se propagó una noticia que asombró á todos.

—Litzajaya ha desaparecido de su prision,—decían unos á otros.

En efecto; cuando los teopixques penetraron en el calabozo donde se hallaba para conducirla al ara, la buscaron en vano.

La esposa de Naothael, la amante de Velazquez de Leon, habia desaparecido.

—Antes de morir,—se habia dicho,—necesito vengarme.

¿Podria cumplir su palabra?

---

## Capitulo XLVI.

---

### Nuevos enemigos.

La desaparicion de Litzajaya, dadas las condiciones de su calabozo, del cual no habia podido salir sino de una manera sobrenatural, puso en conmocion á todos los habitantes de Panuco.

No faltó quien atribuyera á los teopixques, sus guardadores, la libertad de que gozaba.

Pero el rumor que se levantó contra ellos contestaron con pruebas, declarando que momentos antes de llegar á buscarla la habian visto personas de toda la confianza de Nazatcotlan.

El nuevo cacique sabia que Litzajaya era una poderosa enemiga, y quiso á toda costa buscarla para deshacerse de ella.

Envió emisarios en todas direcciones para que averiguasen su paradero, y lo único que pudo saber